

embargándole la voz, no le permitía más que sollozar. Margarita exclamó al mismo tiempo: « ¿Dónde está mi hijo? ¡yo no veo á mi hijo! » y en esto se acongojó. Corrimos á socorrerla y habiendo contribuido por nuestra parte á que volviera en sí, la aseguré que Pablo vivía, y quedaba al cuidado del gobernador con cuya noticia recuperó sus sentidos, y sólo se ocupó en la asistencia de su amiga, á quien asaltaban largas congojas. Por fin, madama de La Tour pasó toda la noche en aquellas crueles agonías, que por su mucha duración me acabaron de confirmar que no hay dolor igual al dolor materno. Cuando recobraba el conocimiento, fijaba sus ojos turbios y desconsolados en el cielo; y por más que su amiga y yo la apretábamos las manos entre las nuestras, dándole los nombres más cariñosos y tiernos, se mostraba insensible á estos testimonios de nuestra antigua amistad, y sólo salían

de su pecho oprimido sordos gemidos. Por la mañana fué conducido Pablo á la habitación de su madre, recuperados



ya sus sentidos, aunque sin poder preferir una palabra. La primera vista con su madre y madama de La Tour, que tanto temía yo al principio, produjo mejor efecto que todas las precauciones tomadas por mí hasta entonces. Un rayo de consuelo se dejó ver en los semblantes de



aquellas infelices madres, las cuales arrimándose á él, le besaron y dieron muchos abrazos comenzando á correr abundantemente sus lágrimas, que el exceso del dolor había tenido embargadas hasta aquel momento. No tardó Pablo en mezclar las suyas con las de ellas; y habiéndose desahogado así la naturaleza en aquellas tres víctimas de desgracia, un largó sopor sucedió al estado convulsivo de su pena, y les proporcionó una especie de reposo letárgico, semejante en cierto modo al de la muerte.

M. de la Bourdonnais me envió á decir reservadamente, que el cuerpo de Virginia había sido conducido por orden suya á Puerto-Luis, desde donde pensaba trasladarlo á la iglesia de las Pamplemusas. Bajé al instante al puerto, donde hallé congregados colonos de todos los puntos de la isla para asistir al entierro, como si todo el país hubiera perdido la prenda de más subido precio. Las naves de la

bahía con la vergas cruzadas, y los pabellones tremolantes disparaban cañonazos de tiempo en tiempo, los granaderos abrían el camino del acompañamiento lúgubre con los fusiles á la funerala: sus tambores, cubiertos de arriba abajo de crespón negro, sonaban sorda y melancólicamente, y se veía retratada la imagen de la tristeza en los semblantes de aquellos guerreros, que tantas veces habían arrostrado la muerte en la pelea, sin inmutárseles el color. Ocho doncellas de las más principales de la isla, vestidas de blanco y con palmas en las manos, llevaban el cuerpo de su virtuosa compañera cubierto de flores. Seguías un coro de niños que entonaban himnos y cánticos de alabanzas; y en pos de ellos iban las gentes más distinguidas de la isla, y el estado mayor de la plaza, presidido por el gobernador que cerraba el acompañamiento, con una infinidad de personas del pueblo. Esto fué lo que el gobernador dispuso



para tributar los debidos honores á la virtud de Virginia; pero cuando llegaron con el cuerpo al pie de esta montaña, y á la vista de estas cabañas (que tanto tiempo habia hecho felices con su presencia, y ahora después de su muerte causan mi mayor tormento), toda la pompa fúnebre se desordenó: los himnos y cánticos cesaron repentinamente, y no se oía más que los gritos y lamentos de todos los concurrentes. Las madres pedían á Dios una hija como ella; las hijas una modestia y obediencia igual á la suya; los pobres una amiga tan tierna; los esclavos una ama tan bondadosa y benéfica: finalmente todos, todos, jóvenes, ancianos, padres é hijos, ricos y pobres, grandes y pequeños lloraban sobre su féretro la suerte de Virginia.

Cuando llegó al lugar de su sepultura, las negras de Madagascar y las cafres de Mozambique, presentaron en su entierro canastillos de frutas, y colgaron de los

árboles cercanos telas y estofas de diferentes géneros, según la costumbre de su país; y las indias de Bengala y de la costa de Malabar, llevaron jaulas con muchos y diversos pajarillos, á los cuales dieron libertad sobre la misma tumba de Virginia. ¡Cuán cierto es que todas las naciones se interesan en rendir homenaje á la virtud desgraciada, reuniéndose de común acuerdo alrededor de su sepulcro!

Fué enterrada cerca de la iglesia de las Pamplermusas, al pie de un grupo de bambúes, donde gustaba descansar, sentada al lado de aquel que ella llamaba hermano, cuando iba á misa con su madre y Margarita.

Acabada la pompa fúnebre, M. de la Bourdonnais subió á estas cabañas, acompañado de una parte de su numerosa comitiva, y ofreció á madama de La Tour y á su amiga todos los auxilios que estuviesen de su parte, expresádoles en breves, pero enérgicas palabras, la indig-



nación que le había causado el proceder de su inhumana tía. Después se dirigió á Pablo y le dijo cuanto juzgó más oportuno para consolarle en tan lastimosa situación. Y animándole á que se embarcara cuanto antes para Francia, donde le prometía toda su protección en la corte, y cuidar entretanto de su madre, como de la suya misma, le alargó la mano de amigo; mas Pablo retiró la suya, y volvió la cara á otro lado por no mirarle.

Yo, pues, en semejantes circunstancias determiné quedarme para hacer compañía á mis desgraciadas amigas, y darles, igualmente que á Pablo, todos los consuelos que me fuesen posibles. Pasadas tres semanas se halló Pablo en estado de poder andar; pero parecía que se aumentaba su tristeza á medida que su cuerpo iba adquiriendo vigor. Mostrábase insensible á todo; sus ojos estaban amortiguados, y no respondía á nada de lo que se le preguntaba. Madama de La

Tour, más muerta que viva, le decía muchas veces: « Hijo mío, jamás te veo » que no me parezca ver á mi amada » Virginia. » Al oír Pablo el nombre de Virginia se estremecía y se alejaba de ella á pesar de las voces é instancias de su madre para que no se apartara de allí, y encaminándose al jardín se sentaba al pie del cocotero de Virginia, y fijaba los ojos en su fuente.

El cirujano del gobernador, que con el mayor esmero le había asistido, nos dijo un día, que para quitarle la negra melancolía que le atormentaba, era necesario dejarle hacer todo lo que quisiera, sin contradecirle en nada; y que éste era el único medio que había de vencer el silencio en que se obstinaba: cuyo consejo resolví seguir en lo sucesivo.

En efecto, luego que Pablo se sintió más restablecido, lo primero que hizo fué alejarse de la posesión; mas como yo no le perdía de vista, le fui siguiendo, y



dije á Domingo que nos acompañara y llevara provisiones para algunos días. Á medida que Pablo bajaba esta montaña, parecía que renacían sus fuerzas y alegría. Tomó desde luego el camino de las Pamplemusas, y cuando llegamos cerca de la iglesia y del grupo de bambúes, se fué en derechura al paraje donde vió la tierra recientemente movida: arrodillóse allí, y levantando los ojos al cielo, hizo una larga oración.

Este paso me pareció de muy buen agüero para el recobro de su razón, pues semejante señal de confianza en el Ser supremo, manifestaba que su alma comenzaba á recuperar el ejercicio de sus funciones naturales. Domingo y yo nos arrodillamos, á ejemplo suyo, y oramos con él; después se levantó y se encaminó hacia la parte del norte de la isla, sin hacer mucho caso de nosotros. Como yo estaba cierto de que ignoraba dónde se había depositado el cadáver de

Virginia, y aun si le habían sacado del mar, le pregunté ¿por qué había ido á rezar al pie de los bambúes? y me respondió suspirando: « ¡ Hemos estado » allí tantas veces Virginia y yo! »

Continuó caminando hasta la entrada del bosque, donde nos cogió la noche. Allí le excité con mi ejemplo á tomar un poco de alimento, y después nos recostamos sobre la hierba al pie de un árbol, persuadido yo de que al día siguiente resolvería volverse á casa. En efecto, luego que amaneció, estuvo mirando bastante tiempo hacia la llanura de la iglesia de las Pamplemusas, y aun hizo algunos movimientos como para retroceder; pero de allí á un instante se internó repentinamente en el bosque, dirigiendo siempre sus pasos hacia el norte. Conociendo yo su intención, procuré distraerle de ella; pero fueron inútiles mis esfuerzos. Llegamos finalmente cerca de mediodía á la punta de los Polvos de



Oro, y bajó precipitadamente á la playa del mar, enfrente del paraje donde naufragó *el San Gerardo*, y á vista de la isleta del Ámbar y de su canal, entonces terso y apacible como un cristal, exclamó : « ¡Virginia! ¡amada Virginia!» y en esto se desmayó.

Domingo y yo le condujimos en hombros á lo interior del bosque, donde nos vimos muy apurados para hacerle volver en sí; y habiéndolo conseguido, se empeñó de nuevo en volver á las orillas del mar, hasta que habiéndole suplicado que no renovara nuestro dolor y el suyo con tan crueles memorias, tomó otra dirección. Finalmente, por espacio de ocho días, no cesó de andar de una parte á otra, recorriendo uno por uno los lugares donde había estado con la compañera de su infancia; la senda por donde había ido á pedir el perdón para la esclava de Río Negro; las márgenes del río de los Tres Pechos, donde Virginia se sentó

por no poder andar, y la parte del bosque donde los dos se extraviaron. Todos los sitios que le recordaban las inquietudes, los entretenimientos, los banquetes, la beneficencia de su querida Virginia; el río de la Montaña Larga, mi cabaña, la cascada inmediata, el papayo plantado por su mano, los cruceros de la floresta donde ella se complacía en cantar, la era ó explanada inmediata á su casa donde gustaba correr : todos estos sitios, repito, le hicieron derramar sucesivamente lágrimas de aflicción; y los mismos ecos que tantas veces habían resonado con los gritos comunes de su mutua alegría, no repetían entonces más que estos acentos doloridos : « ¡Virginia!... ¡amada Virginia!»

Con aquella vida errante y salvaje, se le hundieron los ojos, cubrió su rostro una mortal palidez, y su salud se deterioró considerablemente. Persuadido yo de que el sentimiento de los males pre-



sentes se duplica con el recuerdo de los placeres pasados, y que las pasiones crecen y se fortifican con la soledad, resolví apartar á mi infeliz amigo de los lugares que renovaban la memoria de la pérdida de la prenda de su amor, y trasladarle á otro paraje de la isla, donde encontrase más distracción y variedad de objetos.

Á este efecto le llevé á las alturas habitadas del distrito llamado de Williams, donde no había estado nunca, y en cuya parte de la isla, la agricultura y el comercio estaban á la sazón en su mayor auge y actividad; pues por todas partes había cuadrillas de carpinteros que cortaban maderas, y otros que las serraban en tablones; carretas que iban y venían de una parte á otra, por todos sus caminos; grandes manadas de bueyes y de caballos, que pastaban en su fértil campiña; y una infinidad de casas distribuidas por los campos. Por otro lado, la elevación del suelo permite plantar allí

en muchos parajes, diversas especies de vegetales de la Europa; y se veían aquí y allí mieses doradas en la llanura, verdes tapetes de fresales en los descampados de los bosques, y á lo largo de los caminos setos de rosales. Además de esto, la frescura del aire que allí se respira, dando tensión á los nervios, es, por consiguiente, favorable á la salud, aun de los mismos blancos.

Desde aquellas alturas, situadas casi en el centro de la isla, y rodeadas de grandes bosques, no se descubre ni el mar, ni Puerto-Luis, ni la iglesia de las Pamplermusas, ni otro objeto que pudiera excitar en Pablo la memoria de Virginia. Las mismas montañas que se presentan á la vista en diferentes graduaciones por el lado de Puerto-Luis, no ofrecen miradas desde las llanuras de Williams más que un promontorio en línea recta y perpendicular, en el cual sobresalen varios picachos muy elevados, donde se apiñan las nubes.



Á aquellas llanuras, pues, conduje yo á Pablo, trayéndole en continuo movimiento de una parte á otra, de noche y de día, al agua y al sol, y aun extraviándole de propósito en los bosques, prados y campos, con el fin de distraer su ánimo con la fatiga del cuerpo, y de hacerle mudar de reflexiones con la ignorancia del lugar donde nos hallábamos, y del camino que habíamos perdido. Pero el alma de un amante encuentra en todas partes los vestigios del objeto amado : la noche y el día, el bullicio y la soledad, el tiempo mismo, que se lleva tras sí tantas memorias, nada puede apartarle de él, bien así como la aguja magnetizada, que por muchas agitaciones que padezca, se vuelve hacia el polo que la atrae, inmediatamente que la dejan en reposo. Y así, cuando yo le preguntaba á Pablo, extraviado en medio de un bosque : « ¿ Adónde iremos ahora ? » se volvía hacia el norte, y me decía : « Allí están

» nuestras montañas, volvámonos á ellas. »

Bien pronto conocí que todos los medios discurridos por mí para distraerle, eran inútiles, y que no me quedaba otro recurso que combatir su pasión con sus mismas armas, valiéndome para esto de todas las fuerzas de mi débil razón ; y así le respondí : « Sí, aquellas son las » montañas donde vivía tu querida Virginia, y este el retrato que le diste » junto á la fuente de los cocoteros, y » que ella conservó hasta el último » instante de su vida. » Al punto que Pablo vió el retrato, me le arrancó de las manos con una especie de furia, comenzó á temblar, y se le inflamaron los ojos, detenidas en ellos las lágrimas, sin poder correr. Yo entonces viéndole tan inmutado, le hice las reflexiones siguientes :

« Escucha mis razones, querido Pablo, » que soy tu amigo, y lo he sido igualmente de Virginia ; no ignoras que he » procurado siempre, en medio de vues-



» tras esperanzas, fortificar vuestra razón  
 » contra los accidentes imprevistos de  
 » la vida. ¿ De qué te lamentas con tanta  
 » amargura ? ¿ de tu desgracia, ó de la  
 » de Virginia ?

» ¿ Te lamentas de tu desgracia ? sin  
 » duda que es muy grande, pues has  
 » perdido la mejor de las mujeres, que,  
 » habiendo sacrificado sus intereses á los  
 » tuyos, te prefirió á los bienes de la  
 » fortuna, como el único premio digno  
 » de su virtud. Pero ¿ qué sabes tú, si el  
 » objeto de quien podías esperar una  
 » felicidad tan pura, tal vez sería para ti  
 » la causa de una infinidad de males ?  
 » Virginia era pobre y estaba deshere-  
 » dada ; y únicamente la podías mantener  
 » con el trabajo de tus manos. Habiéndose  
 » criado con más delicadeza que tú, y  
 » adquirido más valor con su misma  
 » desgracia, la hubieras visto desmejo-  
 » rarse de día en día, esforzándose en  
 » partir contigo el peso de tus fatigas.

» ; Cuánto no se acrecentarían tus penas y  
 » las tuyas, si teniendo hijos mañana ú  
 » otro día, os vierais precisados á mante-  
 » ner, con sólo tu trabajo, á vuestras an-  
 » cianas madres, y á una dilatada familia !

» Tú me dirás que el gobernador os  
 » ayudaría, pero ¿ quién sabe si, en una  
 » colonia, donde se mudan tan á menudo  
 » los gobernadores, hallaríais otro como  
 » M. de la Bourdonnais ? ¿ quién te  
 » asegura á ti, que el que venga des-  
 » pués de él, no sea hombre de malas  
 » costumbres, y peor modo de pensar ? Y  
 » en este caso, ó vivirías pobre toda tu  
 » vida, ó te expondrías á las asechanzas  
 » de su corrupción por conservar tu  
 » honor y el de tu esposa, siendo perse-  
 » guidos por aquellos mismos de quienes  
 » esperabais protección y amparo.

» Me podrás decir que á lo menos  
 » gozarías de la felicidad independiente  
 » de la fortuna, esto es, de proteger al  
 » objeto amado, que se estrecha con nos-



» otros en proporción de su misma debi-  
 » lidad; de consolarle con tus propias  
 » inquietudes; de alegrarle con tu misma  
 » tristeza, y de aumentar el amor con  
 » vuestras penas mutuas. No hay duda  
 » que la virtud y el amor, en los matri-  
 » monios bien avenidos, gozan de estos  
 » placeres amargos. Pero Virginia ya no  
 » existe, y te quedan los dos objetos,  
 » que después de ti ha amado más en este  
 » mundo, que son su madre y la tuya, á  
 » quienes tu dolor inconsolable hará des-  
 » cender al sepulcro. Pon, pues, tu dicha  
 » en ayudarlas, como la tenía puesta ella  
 » misma. La beneficencia, hijo mío, es la  
 » felicidad de la virtud, y no hay otra  
 » mayor ni más segura que ella sobre la  
 » tierra. Los proyectos de placeres, de  
 » tranquilidad, de delicias, de abundan-  
 » cias y de gloria, no están hechos para  
 » el hombre débil por naturaleza, y pasa-  
 » jero en esta vida. Observa cómo un  
 » paso dado hacia la fortuna, nos ha pre-

» cipitado á todos de abismo en abismo.  
 » Verdad es que tú te opusiste al viaje de  
 » Virginia; pero ¿quién diría que no  
 » había de ser para su mayor bien y el  
 » tuyo? Las instancias de una parienta  
 » anciana y rica, los consejos de un  
 » gobernador prudente, los aplausos de  
 » una colonia, las exhortaciones y auto-  
 » ridad de un ministro de Dios, han  
 » decidido de la suerte de Virginia. Así  
 » regularmente corremos á nuestra per-  
 » dición, deslumbrados con las espe-  
 » ranzas de un mundo engañoso. Pero  
 » al cabo, de tantos hombres como vemos  
 » tan afanados en estas llanuras, de tantos  
 » como van á buscar fortuna á las Indias,  
 » ó que sin salir de su casa disfrutan  
 » tranquilamente en Europa de los su-  
 » dores de éstos, ni uno solo hay que no  
 » esté destinado á perder un día lo que  
 » más estima, grandeza, fortuna, mujer,  
 » hijos y amigos. La mayor parte tendrán  
 » que añadir á esta pérdida la memoria



» de su propia imprudencia; mas tú,  
 » entrando dentro de ti mismo, nada  
 » tienes de qué reprenderte, pues siempre  
 » has tratado á Virginia con las miras  
 » más legítimas, más puras y más desin-  
 » teresadas. Es verdad que la has per-  
 » dido; pero no ha sido por impru-  
 » dencia, avaricia ú otra falta tuya, sino  
 » porque Dios ha querido valerse de las  
 » pasiones ajenas, para quitarte el objeto  
 » de tu amor : Dios, digo, de quien tienes  
 » todo lo que eres; que ve todo lo que te  
 » conviene; y cuya sabiduría no te deja  
 » ningún lugar á la desesperación y al  
 » arrepentimiento, compañeros insepara-  
 » bles de los males de que nosotros  
 » hemos sido los autores.

» Te lamentas de la desgracia de Vir-  
 » ginia, de su triste fin y de su estado  
 » presente; ¿ y por qué ? Ella ha pade-  
 » cido la suerte reservada á la grandeza,  
 » á la hermosura y á los imperios mismos.  
 » La vida del hombre, con todos sus

» proyectos, se eleva como una torre,  
 » cuyo coronamiento ó remate es la  
 » muerte. Estaba condenada á morir  
 » desde el instante de su nacimiento.  
 » ; Dichosa ella en haberse desatado de  
 » los lazos de la vida, antes que su  
 » madre, que la tuya y que tú mismo :  
 » quiero decir, en no haber muerto  
 » muchas veces antes de la última !

» La muerte, hijo mío, es un bien para  
 » el hombre justo; es la noche de este  
 » día inquieto que se llama vida, y el  
 » término de las enfermedades, pesares,  
 » aflicciones y temores que continua-  
 » mente agitan á los míseros mortales.  
 » Sondea á los hombres que parecen más  
 » dichosos, y verás cuán caramente han  
 » comprado su pretendida felicidad; la  
 » opinión pública á costa de mil males  
 » domésticos; las riquezas á costa de la  
 » pérdida de la salud, el placer tan raro  
 » de ser amado á costa de continuos  
 » sacrificios : y regularmente al fin de



» una vida sacrificada á los intereses de  
 » otro, no ven alrededor de sí, más que  
 » amigos falsos y parientes ingratos.  
 » Pero Virginia ha sido feliz hasta el  
 » último momento: lo fué en nuestra  
 » compañía con los bienes de la natura-  
 » leza, y lejos de nosotros con los de la  
 » virtud; y aun en el instante terrible en  
 » que la vimos perecer, fué igualmente  
 » feliz; porque ya echase los ojos sobre  
 » toda una colonia, en cuyos habitantes  
 » causaba una desolación universal; ya  
 » las echase sobre ti, que con tanta  
 » intrepidez volabas á su socorro; tuvo  
 » el consuelo de ver cuán amada era de  
 » todos. Fortificada en aquel momento  
 » con el testimonio de la inocencia de su  
 » vida, recibió entonces el precio que el  
 » cielo reservaba á su virtud, un valor  
 » superior á los riesgos: en una palabra,  
 » presentó á la muerte un rostro sereno.  
 » Dios, hijo mío, da en qué merecer á  
 » la virtud en los varios lances de la

» vida, para manifestar que ella sola es  
 » la que puede hallar felicidad y gloria  
 » en los acontecimientos más terribles.  
 » Cuando le reserva una reputación ilus-  
 » tre, la eleva sobre el gran teatro del  
 » mundo y la pone en combate con la  
 » muerte, entonces su valor sirve de  
 » ejemplo, y la memoria de sus desgra-  
 » cias recibe para siempre un tributo de  
 » lágrimas de la posteridad. Ve aquí el  
 » monumento inmortal que está reservado  
 » para la virtud, en una tierra en que  
 » todo pasa, y hasta la memoria de la  
 » la mayor parte de los grandes, es  
 » sepultada en eterno olvido.  
 » Pero Virginia vive todavía. El mismo  
 » Dios que la crió la hace feliz, pre-  
 » miando sus virtudes. Ya sabes, hijo  
 » mío, que hay un Ser supremo, á quien  
 » toda la naturaleza anuncia y cuya exis-  
 » tencia te dicta tu mismo corazón,  
 » penetrado de la grandeza de sus obras,  
 » que están á la vista de todos. Él es el